



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

ADMINISTRADOR:—Vicente Agau

TEL. 572

P. O. BOX 1646

Vol. III.

Manila, 26 de Enero de 1924.

Num. 56

Silencio Respetuoso



OR ventura se han sorprendido los lectores de nuestra actitud. Ha detenido su vuelo días pasados un emisario de las Musas para posarse en el regazo de la Sultana del Pasig con la fugacidad de las aves de paso y cuando todo el vecindario ha salido a la calle con el ansia de admirar de cerca al voceado novelista, nos hemos abstenido de dar señal alguna de curiosidad o mostrar interés. La estentórea voz de la prensa local ha enronquecido de cantar las gestas del favorito de las Helicónides, de uno de los factores influyentes en la literatura hispana, y nosotros omitimos de intento hasta su nombre en las páginas de esta revista semanal.

Admiradores como el que más del rico idioma de Castilla y gloriándonos de cultivarlo en modestísima escala, pudimos acaso recoger de nuestro sistema nervioso los armónicos en él provocados por el entusiasmo general consiguiente a la visita de uno de los más populares espadas de las letras castellanas y echar mano de los más sonoros re-

gistros de la redacción. Pero aunque en el programa de ESTUDIO tiene cabida todo cuanto pueda de algún modo contribuir al cultivo de la inteligencia en cualquiera de sus manifestaciones, no es ese el fin primordial de esta publicación.

Tantas veces lo venimos ya repitiendo porque las circunstancias nos ponen en el trance de convertirlo en estribillo que tememos despertar el disgusto en el leyente de más benévola condición. Salimos a la calle cuando se colmó la medida de nuestra paciencia ante el espectáculo repulsivo y machacón de los adversarios del Catolicismo, los cuales habían convertido ya en hábito y pasatiempo el villano sistema de ataque heredado de la estrategia del cínico polemista de Ferney, para quien nada resultaba tan eficaz contra la Iglesia como la palanca del calumniador.

De donde como la defensa de la Religión Católica sea el motivo principal de nuestra salida a escena, las demás finalidades secundarias quedan de todo en todo supeditadas a la trayectoria del objeto fundamental del establecimiento de este semanario, de la cual se nos consiente quizá desviarnos un tantico

en beneficio de la Causa, mas so pena de continuar caminando en el mismo sentido y dirección, sin incurrir jamás en la peligrosa barajadura de la prudencia según la carne con la virtud cardinal llamada a sazonar los actos acreedores a la aprobación incondicional.

Fundándonos en semejante línea de conducta, tal vez era de esperar que ocupáramos un puesto en ese concierto universal, no precisamente para manejar algún instrumento accesorio de acompañamiento merced al cual contribuyésemos a una mayor intensidad de la melodía común, sino por el contrario con el fin de ejecutar el mismo motivo musical, pero con un desarrollo radicalmente opuesto al de la comunidad. Y no a humo de pajas decimos que "era tal vez de esperar", pues hemos recibido indicaciones amistosas de ese talle, en nuestra estimación de gran valor, a pesar de habernos creído en el caso de desatenderlas en la pasada oportunidad.

Y daremos de ello la razón. Aunque conocemos por menudo la animadversión del novelista levantino hacia todo cuanto se relaciona con la Iglesia Católica, aun cuando hayamos tropezado en sus obras con muchísimos pasajes dignos de reprobación y no habiendo echado en olvido sus cruzadas anticlericales y la parte activa que tomara en las campañas dirigidas contra el dominico P. Nozaleda, Arzobispo dimisionario de Manila y electo entonces para la Sede de Valencia, en la cual no se llegó a sentar por la pusilanimidad del gobierno de Madrid, hemos preferido guardar silencio en consideración a la respetable colonia española, nuestro legítimo huésped de honor.

Es más. Teníamos propósito de continuar la misma línea de conducta en lo sucesivo, a menos de escuchar algún comentario donde se mezclara la cuestión religiosa con la personalidad del escritor, que en semejante supuesto habríamos de someternos a las imposiciones del deber. Pero puestos a retocar pinceladas a nuestro entender erróneas, nada saldrá de nuestra pluma que pueda amenguar la estela de simpatías y admiración trazada por el ilustre viajero, antes bien al arrojar hoy su silueta sobre estas columnas lo hacemos con el propósito de defenderle de una falsa imputación atribuída a una de las figuras de mayor relieve de la intelectualidad local.

Cierto diario mañanero publica un breve rosario de comentarios sobre el distinguido representante de la antigua Metrópoli recordados de labios de personas autorizadas y entre ellos hay uno del Dr. D. Trinidad H. Pardo de Tavera, el cual como hubiese sido

interrogado acerca de la opinión que le mereciera el discurso pronunciado en el salón de la Escuela Normal, donde disertó del interesante tema de la novela en literatura, dió esta contestación magistral: "Me ha gustado por progresista, científico e IRRELIGIOSO". ¡Piramidal!

No tenemos interés alguno en detenernos a analizar la inmensa vaciedad de los dos primeros epítetos, porque calificar de "progresista y científico" una conferencia ligera en la cual se limitó por la penuria misma del tiempo disponible a hacer un rapidísimo recorrido del género literario de la novela al correr de los siglos, para terminar con ligeras pinceladas sobre su importancia en los tiempos actuales, después de haber apuntado lo mucho que el mundo debe a España por haberla cultivado de modo tan sobresaliente, se nos antoja, cuando menos, impropio de un hombre a quien se le concede gratuitamente privilegiada mentalidad.

A don Trinidad le sucede lo que a ciertas niñas cursis a las cuales les dan vaya los chicos de sociedad llamándolas a cada triquitraque "elegantes", y las pobres, es natural, a fuerza de escuchar esa zumbona galantería acaban por convencerse de su exactitud y acentúan la nota de su gusto estragado, ilusionadas con la necia pretensión de imponer el tono a los caprichos de la moda, convirtiéndose a consecuencia de su misma fatuidad en la vaquilla de la boda de los salones, donde se les recibe en toda coyuntura con el malévolo retintín de la consabida adulación.

Al Dr. Pardo de Tavera le marean sus admiradores, legítimos o interesados, moteiándole oportuna e importunamente de "sabio y polígrafo" y tengo algunos barruntos de habérselo él llegado a creer, lo cual habrá de parecer quimérico y hasta ridículo a quien reconozca (y en esto todos estamos acordes) su indiscutible talento, pero que demuestra una vez más la formidable propensión de los hombres de toda laya a dejarse cazar en las sedosas redes de la vanidad.

Cualquier acontecimiento social relacionado con el progreso de las ciencias o de las letras pone a don Trinidad H. Pardo de Tavera en el disparadero de echar su cuarto a espadas y ante un suceso de talla tan descomunal como el de la venida al Archipiélago Filipino de un paisano suyo, no podía permanecer insensible, ni aun siquiera callado. el insigne galeno, so pena de abdicar del halazueño pregón de la trompeta de la fama que le coloca a la cabeza de los sapientes orientales y a tanta elevación como los conquistadores del premio Nobel.

Y, como era de esperar, ha hablado don

Trinidad. Y, según nos lo temíamos, ha dicho mu. No lo tome a mal el anciano doctor. Los Católicos de las Islas Filipinas tenemos recios motivos de queja contra él, porque no ha desaprovechado ocasión alguna de arrastrarnos a la picota del ridículo, no precisamente valiéndose de argumentos deducidos de las disciplinas profanas para derribar el edificio de la fe, lo cual nunca lo ha hecho hasta el presente ni es capaz de hacerlo en lo porvenir (¡¡¡y conste que es un nuevo reto!!!), sino hurgando en el silon de nuestra casa para recoger trapillos sucios inherentes a toda humana sociedad.

A pesar de ese su mal comportamiento con quienes en uso del derecho sacratísimo de la libertad de conciencia nos hemos alistado bajo la gloriosa enseña del Catolicismo, no le queremos mal, como acaso él se lo habrá llegado a suponer más de una vez, pues esa misma religión por él tan denigrada nos obliga a pagar con la moneda del perdón a cuantos se propasaren a ofendernos a sabiendas o sin querer, pero con condición de no claudicar nunca del deber ineludible de salir por los fueros de la verdad, sea cual fuere la calidad del falsificador.

Pues, bien. Con motivo de la estancia entre nosotros del novelista valenciano, el Dr. D. Trinidad H. Pardo de Tavera ha tomado la palabra para decir mu. Si las palabras del conferencista de la Escuela Normal han despertado en su paladar saborcillo de "irreligiosidad", o le tenían en sí mismo, o el ilustre Director de la Librería y Museo Filipinos ha creído percibirlo dejándose llevar del fenómeno sobrado común de la autosugestión.

El primero de los supuestos del dilema está en pugna con la realidad. Entre los oyentes hubo Sacerdotes Católicos de gran preparación científica, especialmente en materias atañentes a la Religión, y cuando nos dieron cuenta de sus impresiones, ninguno

de ellos hizo la menor alusión a las ideas religiosas del orador. Luégo después hemos leído con el debido detenimiento y el microscopio en la mano la transcripción taquigráfica publicada por un diario vespertino y tampoco nos ha sido dado descubrir esa "irreligiosidad" que tanto agradó a don Trinidad.

Porque no acertamos a comprender dónde muestre el disertante la "falta de religión o la oposición a la misma" pues cualquiera de las dos acepciones y ninguna otra puede tener el vocablo empleado por el Dr. Pardo de Tavera, cuando ante auditorio tan distinguido desarrolla una tesis literaria, en la cual le está permitido fabricar el cauce y escoger las ideas, y deja caer de sus labios frases como ésta que acotamos con placer: "Al final de la vida, el hombre que no tiene un ideal religioso se encuentra con dos interrogaciones, con dos enigmas: no sabe ni de dónde viene ni a dónde va". Si el inciso "al final de la vida" se sustituye por "en cualquier momento de la existencia", ¿podiera expresarse de mejor modo en sus homilias dominicales el ministro del altar?

Y puesto que nada hallemos de "irreligioso" en la plática de la Escuela Normal tal como la transcribe la publicación local en cuyas páginas la hemos analizado con minuciosidad, dígasenos si ejecutamos fuera de clave al aserverar haber sonado esta vez en nuestros oídos la voz del Dr. don Trinidad H. Pardo de Tavera al unisono con el mu. Y aun por ventura sale ganando con esta manera de opinar. Que como sea inofensivo y hasta melodioso el monorrítmico desahogo gutural del rumiante doméstico, un juicio tan disparatado como el que nos ha obligado a quebrantar nuestro respetuoso silencio sale todavía muy mejorado de la comparación. De comprender cuanto venimos diciendo, tal vez nos exigiera cuentas en justicia el paciente buey.

PAULINO



R. I. P.

SEGUNDO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE

Da. María Pínaga Viuda de Aboitiz

OCURRIDO EN MANILA EL DIA 29 DE ENERO DE 1922

Las misas que se celebren en la iglesia parroquial de la Ermita, en la iglesia de Ntra. Sra. de Lourdes, de los PP. Capuchinos, a las 6, 6.30 y 7 y en Baguio el martes, 29 de Enero, se aplicarán en sufragio de su alma.